



En esta página, arriba: La cabalgata de los cuatro Reinos de Lisboa. Abajo: el Correo Mayor entrega al Jefe del Gobierno el mensaje de salutación. En la página siguiente, arriba de izquierda a derecha: El emblema de Lisboa.—Cabalgata alusiva a la influencia de Portugal en Etiopía.—Los plateros de Portugal participan en el cortejo histórico. Abajo: El maestre Avía, bajo palio.—Una reproducción del famoso tríptico de Nuño Gonçalves.—Litera que figuró en el cortejo del Centenario.

de Leitao de Barros. Jamás podrá la Quinta Avenida de Nueva York, según esta jubilosa pretensión portuguesa, ser teatro de desfiles que igualen al Gran Cortejo Histórico. «¿Por qué?» «Porque si a Billy Rose, «the great», le sobran los dólares del «Town Council»—escribió «O Século»—le faltan en cambio dos pequeñas cosas: diez siglos de historia para comentar su parada e imaginación capaz de asociarse a la mano maestra autora de una reconstitución semejante». Más de 400.000 provincianos llegaron a Lisboa para ser testigos de esta soberbia, película sin celuloide ni cámara oscura, que Leitao de Barros brindó a sus compatriotas y a los numerosos periodistas extranjeros e invitados de honor entre los cuales figuraba doña María Eva Duarte de Perón, esposa del Jefe del Estado argentino.

Había en el cortejo fidelidad histórica, disciplina, rumbo, lujo y unidad. Coherencia, en suma. En la «segunda edición» del cortejo, repetido en vista del éxito, aparecieron dieciséis paneles nuevos y retablos de santos. Desfilaban 250 figuras más. Treinta y tres peluqueros se encargaron de la caracterización de los personajes revividos.

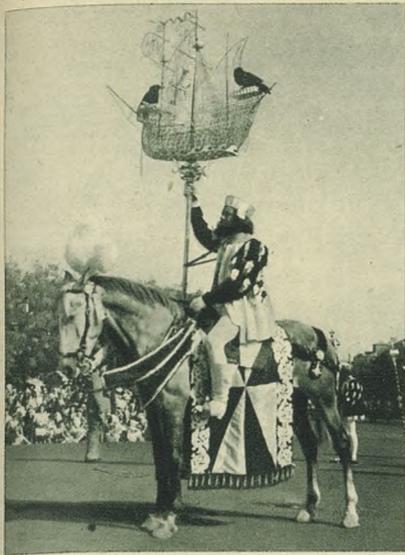
Fueron usadas 2.000 pelucas, trescientas barbas y cien pares de trenzas para princesas y damas de honor. Los figurantes eran en su mayoría soldados, adiestrados por diez oficiales del Ejército y de la Guardia Nacional Republicana. 2.500 trajes y vestidos fueron confeccionados o reformados, y el gasto total del cortejo en sí se elevó a más de 4.000.000 de escudos. A lo largo de la Avenida de la Libertad, arteria esencial de Lisboa, y en otros puntos estratégicos, fueron colocados millares de sillas cuyos precios oscilaron entre veinticinco y cincuenta escudos por asiento. Cien costureras se dedicaron día y noche al arreglo y cosido del vestuario utilizado en el cortejo. También fué necesario movilizar un verdadero ejército de zapateros, lavanderas, carpinteros y sastres. El calor apretó de lo lindo el día señalado para la «gran parada» y ciento cuarenta y cinco personas fueron atendidas de insolación por la Cruz Roja. La tribuna ocupada por el mariscal Carmona fué bom-

# LISBOA CUMPLIÓ 800 AÑOS

## 3.100

figurantes, 500 caballos, camellos y bueyes, carrozas y alegorías múltiples, tomaron parte en el gran cortejo histórico que desfiló ante millares de lisboetas. Un cortejo del siglo XVI que constituyó, sin duda alguna, el número de fuerza del VIII Centenario de Lisboa. Bajo el signo del abrazo emocionado que el mariscal Carmona, Jefe del Estado portugués, otorgó al organizador del cortejo—Leitao de Barros—el nacionalismo luso se estremeció renovado por esa lección de 800 años y ofrecida en tres horas de parada. Así fueron lanzadas al vuelo las campanas y se llegó a afirmar, sin rubores, que Billy Rose—organizador de los espectáculos gigantes, inventor del teatro acuático de Kansas City, animador de las pistas de hielo iluminadas, sucesor de Ziegfeld en los escenarios de Nueva York y vencedor en las atracciones de la «World's Fair»—no pasaba de ser un principiante al lado

de Leitao de Barros. Jamás podrá la Quinta Avenida de Nueva York, según esta jubilosa pretensión portuguesa, ser teatro de desfiles que igualen al Gran Cortejo Histórico. «¿Por qué?» «Porque si a Billy Rose, «the great», le sobran los dólares del «Town Council»—escribió «O Século»—le faltan en cambio dos pequeñas cosas: diez siglos de historia para comentar su parada e imaginación capaz de asociarse a la mano maestra autora de una reconstitución semejante». Más de 400.000 provincianos llegaron a Lisboa para ser testigos de esta soberbia, película sin celuloide ni cámara oscura, que Leitao de Barros brindó a sus compatriotas y a los numerosos periodistas extranjeros e invitados de honor entre los cuales figuraba doña María Eva Duarte de Perón, esposa del Jefe del Estado argentino.



bardeada de flores por las palaciegas del reinado de «O Venturoso», y el presidente de la República envió algunas de estas rosas a doña María Eva Duarte de Perón. Entre las damas de la corte de don Manuel figuraba una simpática centenaria, analfabeta y feliz en sus trajes de gala: María Belo, ciento cuatro años. La descubrió un periodista en el Asilo de Ancianos de Marvila y dijo de ella que «parecía una princesa de cabellos blancos».

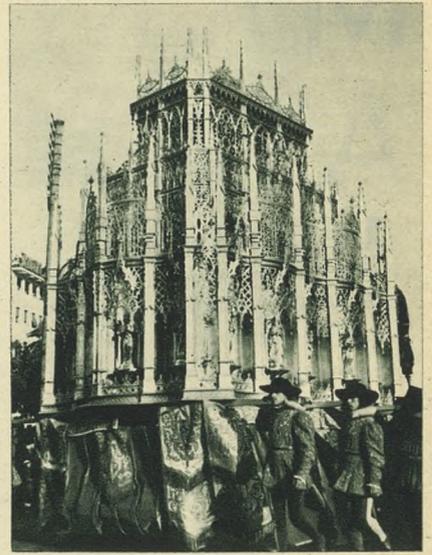
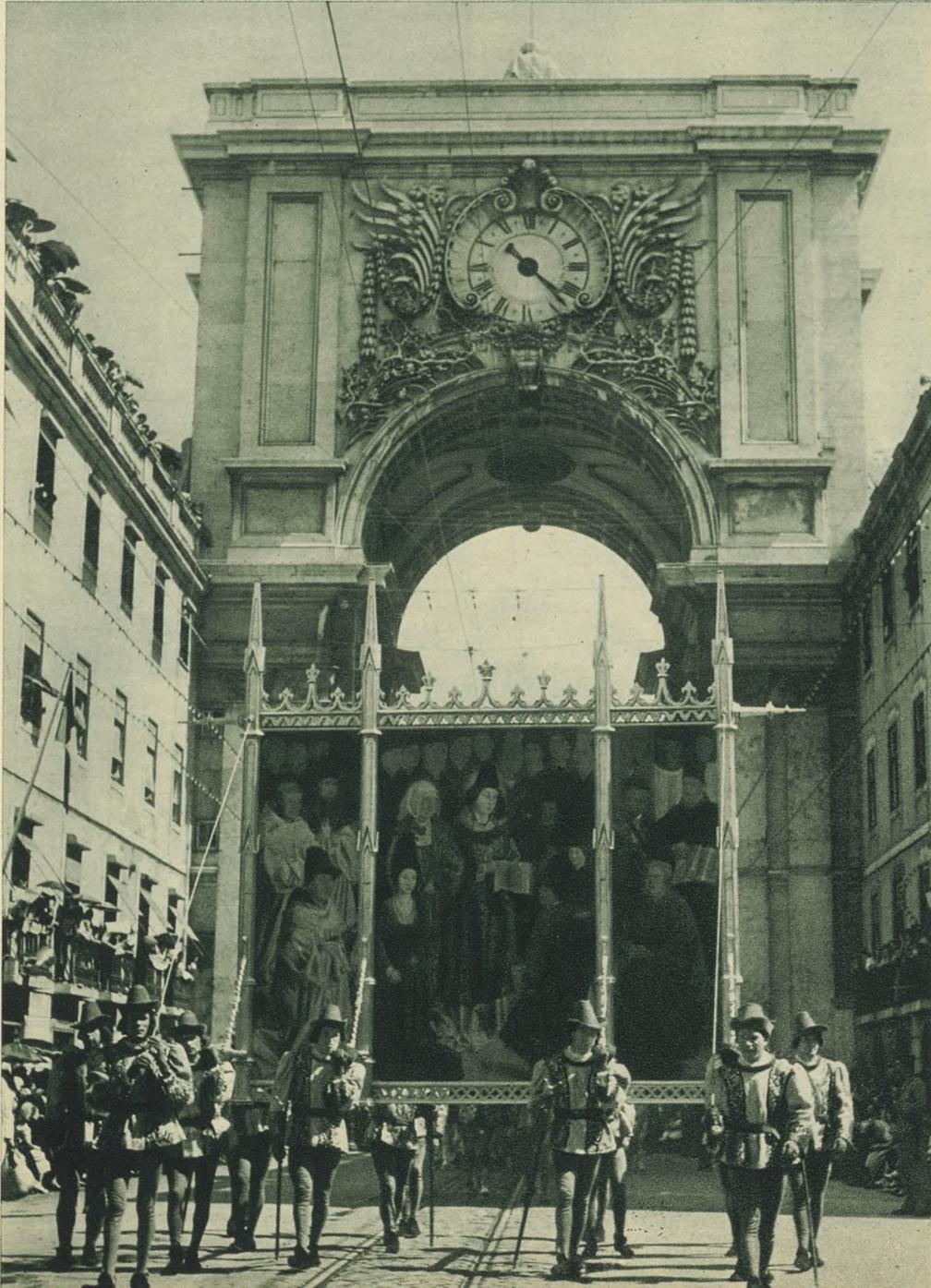
Desde don Manuel, rey famoso de la Cristiandad, hasta los artesanos y los pajes y los bufones, príncipes, hidalgos, magistrados, sacerdotes y gentes del pueblo, el Portugal de ocho siglos atravesó Lisboa en «saudade» insinuante desde el mar hasta una de sus más elevadas colinas frente a la cruz del castillo de San Jorge.

El cortejo se dividió en tres partes: la cabalgata de los reyes que hicieron Lisboa, la Lisboa imperial representada por el rey don Manuel, y la Lisboa del 600.

La espada del Fundador don Afonso Henriques era transportada en un «jéep» 1947. En instantánea de contrastes, porque el Fundador aparecía bajo palio de doce varas escoltado por sus cruzados.

Afonso III, que hizo la capital del Reino; don Diniz, que en ella fundó la Universidad; don Fernando I, que la defendió tras sus murallas; don Juan I, que la protegió de invasiones; Afonso V, que aseguró sus destinos imperiales, y don Juan II, que planeó su grandeza.

Después, las conquistas: sándalo de Timor, canela y pimienta de Ceilán, diamantes de Narsinga y tapices de Persia. Motivos religiosos, motivos históricos, pescadores y joyeros, cofradías y palanquines.



Y al final las cuatro reinas de Lisboa escoltadas por soldados romanos. Leitao de Barros y su «Estado Mayor» tuvieron dura tarea.

No fué cosa fácil organizar el gran cortejo. Búsqueda de documentos en las bibliotecas; importación de libros de arte de España, de Italia y de Francia; escaseaban los terciopelos y las sedas que Leitao compró en aquellos tres países...

En los periódicos lisboetas aparecieron entonces anuncios como estos: «Precisamos plumas de todos los estilos y de todos los tamaños», «Comparamos damascos y sedas antiguas», «Necesitamos bordados de época»...

Fueron convocados obreros y artesanos y tallistas. Había otros problemas difíciles.

Enganchar nueve caballos «con alas blancas» a carrozas de otro tiempo, y elegir jinetes adiestrados porque los cocheros de Casas Reales andan hoy al filo de los ochenta años. Los elefantes del Zoológico tampoco servían para mostrar las insignias doradas de las armas de Lisboa en su expresión manuelina. Telegramas a todas partes en búsqueda incesante. Lo mismo sucedió con los camellos.

Fué preciso habituarlos antes a marchar sobre el asfalto de la Avenida y sobre el adoquinado de otros paseos. «La camella» enfermó en vísperas del desfile, y Leitao de Barros estuvo a punto de desmayarse cuando se enteró. Joyas falsas traídas de Milán, tejidos del renacimiento, ¿no valía la pena esto y lo otro de que 12.000 portugueses sentados y más de 1.000.000 de pie ocuparan sus lugares dos horas y media antes del cortejo? Billy Rose, ¿sería capaz de retenerles así con algo parecido?

L. MENDEZ DOMINGUEZ

